

poseen todos los elementos que les son necesarios. Los
 tamos muy lejos de abrigar una opinion tan equivocada
 de y seria. Consideramos la industria fabril como uno
 de los ramos de la industria publica que pertenece al
 par de los que a la creacion y a la educacion de los vi-
 vientes y tan necesario como la agricultura y el comercio
 a la produccion y a los empleos de los ciudadanos. La
 que produce es que esta produccion y estos empleos se
 tienen en la direccion que la naturaleza señala y en
 que se ve que la ocasion de toda produccion que
 tanto se necesita tambien y tanto interesa a todos
 particulares, como a la industria por un lado, de
 nuestro estado principal para examinar uno que con el
 tan estrechamente se liga.



motivos primeros que están tales y tales. Múltiples
 una producción con el respecto a las producciones que in-
 teresa fabricar y producir, más pronto que los otros para
 las oficinas. De aquí debe una industria manufacturera
 igualmente favorecida a los que le son propios en ella. Las
 industrias que se han producido en las naciones que se han
 así es como se ve en las naciones que se han producido
 en el estado de las naciones que se han producido. Así es como
 hacen en todas partes las manufacturas de las naciones
 que se han producido en el estado de las naciones que se han
 producido en el estado de las naciones que se han producido.

CAPITULO XII.

Digresion.—Del origen natural y de los progresos de la industria manufacturera.



Los primeros rudimentos de la riqueza en todos los
 países del mundo, han salido de la tierra. La abundan-
 cia de sus frutos, trae consigo el aumento de la poblacion;
 con la poblacion vienen los capitales, y cuando los so-
 brantes empiezan á acumularse y á poner á cierta clase
 de hombres en actitud de remunerar el trabajo ageno, las
 artes brotan de por sí en medio de la sociedad, toscas al
 principio, y adaptadas á la urgencia de las necesidades
 mas imperiosas, hasta que poco á poco se pulen, se afi-
 nan y se perfeccionan, á medida que, con el crecimiento
 de la riqueza, crecen tambien el deseo de gozar y los estí-
 mulos del interes y de la concurrencia.

Lo primero que se observa en este desarrollo incipiente
 del trabajo, es que su aplicacion se dirige, ante todo, á las

materias primeras que están mas á su alcance. Miéntas mas prócsimo está el operario á las producciones que intenta labrar y modificar, mas barato será el precio á que las obtenga. De aquí nace una reaccion incesante, é igualmente favorable á los que toman parte en ella. Las manufacturas buscan las materias primeras, y *vice-versa*. Así es como nació en Inglaterra la fabricacion de paños y en Holanda el arte de salar las sardinas. Así es como nacen en todas partes las manufacturas destinadas á prosperar sin temor de vicisitudes ruinosas. No hablamos, por supuesto, de los pueblos, que habiendo llegado á un alto grado de prosperidad y de opulencia, pueden, y hallan su provecho en ir á buscar las materias primeras donde quiera que las encuentren, y cualquiera que sea la distancia que de ellas los separa. Hablamos de los principios de la industria, del único modo en que puede nacer donde no ecsiste, y si queremos un ejemplo doméstico que confirme estas verdades, díganos de buena fê los defensores de la industria catalana, si no está incomparablemente mas segura en su territorio la fabricacion de los paños y del vino que la de los tegidos de algodón; y si ecsiste, como no hay duda, una notable diferencia entre estos dos puntos de comparacion, esta diferencia solo puede esplicarse por la procsimidad y lejanía de los alimentos indispensables á los trabajos respectivos.

Obsérvase tambien en esta primera época del desarrollo industrial, que le preceden necesariamente, cuando no se invierte el órden con medidas desatinadas, la mayor estension posible del cultivo de la tierra, la mayor variedad posible de sus productos, la holgura y bienestar que de estas ventajas resultan; en una palabra, un sistema agrícola completo, y tan perfeccionado, como las circunstancias del país lo permitan. Entónces es, y no ántes, cuando se

presentan los dos sobrantes que son imperiosamente necesarios para que la industria cuente con cimientos permanentes y sólidos: sobrante de productos y sobrante de poblacion. Miéntas haya tierras incultas en que pueden nacer cosechas y pastos abundantes, y en que no nacen por falta de brazos y de aplicacion; miéntas falen trabajadores para estos inútiles eriazos, y escaseen, por consiguiente las subsistencias, sin cuya abundancia todo pago de jornal es ruinoso, parece una temeridad arrancar los capitales y el trabajo fuera de la esfera de la agricultura. No perdamos nunca de vista que el trabajo fabril señala la época mas avanzada de la civilizacion de los pueblos; época en que los campos han dado de sí cuanto pueden dar; en que su trabajo no basta á satisfacer las demandas de los proletarios; en que el comercio ha activado ya los cambios y ha hecho ingresar en el país productos y capitales estraños. La industria se pronuncia entónces por su propia virtud, y sin necesitar de esfuerzos estraños que la impulsen. El interes de los hombres acaudalados, cuyos capitales permanecen ociosos, está perfectamente de acuerdo con el de los jornaleros, cuyos brazos yacen en la inaccion; y el brote de la industria es entónces tan natural y tan preciso, como el del grano, que en la tierra á que ha sido llevado por el viento, encuentra jugos análogos, humedad nutritiva y clima favorable.

Inviértase y túrbese este órden progresivo y necesario, y procúrese introducir la fabricacion ántes del término de madurez que tantas circunstancias indican, y tan imposible es preeipitar por medidas violentas. Entónces todo se trastorna y todo se pervierte. Lo útil, lo indispensable, lo esencial, se abandona por lo superfluo, lo precario y lo advenedizo, y la nacion presenta el chocante contraste de

la desnutrición y el lujo de las artes, deslumbrando con sus prodigios en una fracción del territorio, mientras en otras, y no muy lejos, escasean los primeros elementos de la vida. No hay circulación interior, no hay caminos ni canales, no hay telas domésticas y groseras, ni utensilios indispensables para las labores del campo; pero hay máquinas ingeniosas y tejidos esquisitos: espectáculo por cierto deplorable á los ojos del amigo de la humanidad, y que jamás puede ser efecto, sino de una legislación viciosa, fundada en cálculos errados ó en injustas simpatías.

Hemos hablado de la población, sin cuyo sobrante es inútil pensar en establecer fábricas de ninguna especie. Cuando este sobrante no existe, y sin embargo, se erigen las fábricas, ¿qué es lo que sucede? No pudiendo haber fabricación sin subdivisión de trabajo, la manufactura atrae en torno de sí numerosas muchedumbres que sacan su subsistencia de aquellas labores. Esto basta para romper el equilibrio de la población y su recta distribución en un territorio dado; distribución que en cierto modo supliría sus vacíos, porque después del inconveniente de haber pocos habitantes en un país, el que le sigue en gravedad, es su repartición imperfecta de tal modo, que se acumule desmesuradamente en unos puntos y escasee absolutamente en otros. En Inglaterra la aglomeración de la población en los distritos manufactureros, es desproporcionadamente superior á la de los condados puramente agrícolas, inconveniente grave aún allí mismo, donde la población, generalmente hablando, es superabundante en todo el territorio. ¿Qué será en las naciones escasamente pobladas! ¿Qué será en aquellas cuya superficie está afeada por vastos é inútiles desiertos! Nunca está acertadamente distribuida la población, si no le sirven de reguladoras las necesidades de la agricultura.

ra. Cuando no intervienen impulsos forzados; cuando se dejan las cosas al suyo propio y natural, la raza humana toma por sí misma su nivel, acudiendo á donde puede hallar subsistencias y á donde hace falta el trabajo. En el caso contrario, sucede lo que estamos viendo actualmente en nuestra península. Nadie negará que hay puntos en Cataluña, en que la población no está en proporción con las aptitudes productivas de las localidades. A no haberse colocado allí prematuramente focos de atracción irresistible, los hombres hubieran ido á fecundar con sus brazos los inmensos espacios de territorio fértil que abundan en las otras provincias, y no contaríamos con dolor entre nuestras calamidades, los desiertos de Castilla, Extremadura y Sierra Morena. Comparar las ventajas de una industria que tan á duras penas se sostiene, que tantas discordias y rencillas ocasiona, contra la cual tantos intereses se declaran, con las que ofrecería la desaparición de aquellas madrigueras de malhechores, y su conversión en copiosas sementeras, prados abundosos y villas florecientes, sería comparar el sofisma con la razón, la novela con la historia, y los sueños de un cerebro delirante, con las ilaciones severas de una lógica luminosa.

Si queremos, pues, manufacturas, empechemos por el principio; no alcemos la fachada del edificio antes de haber afianzado los cimientos; no precipitemos la vegetación del árbol, estraviando sus jugos y apurando su fuerza vital para obtener una fructificación prematura. Dejemos obrar la naturaleza, sigamos sus indicaciones, y abstengámonos de sustituir á sus planes grandiosos y encaminados á nuestra ventura, los mezquinos amaños de nuestra ignorancia y las bulliciosas aspiraciones de nuestro orgullo.

que imitan en ejemplo las otras. El comercio se ve limitado en un país por el comercio de otros países. La libertad de comercio se ve limitada en un país por el comercio de otros países. La libertad de comercio se ve limitada en un país por el comercio de otros países.

CAPITULO XIII.

Quinta objecion: Reciprocidad de medidas restrictivas entre las naciones modernas.

—•••••—

“CONCEDAMOS que la libertad es favorable al comercio; demos por sentado que las prohibiciones y los derechos altos de importacion acarrearán todos los males que se han indicado en esta obra: mas para adoptar prácticamente tan bellos principios, aguardemos que se generalicen y que todas las naciones se pongan de acuerdo en su aplicacion. De lo contrario, nos esponemos á luchar con gran desventaja en la arena de los mercados; favoreceremos á quien nos agravia y haremos un beneficio á quien nos hace daño. Si la Gran-Bretaña cierra sus puertos á nuestros granos, ¿por qué hemos de abrir nosotros los nuestros á sus algodones? La reciprocidad es el alma de las relaciones inter-nacionales. El gobierno que quiera defender la industria de sus pueblos, no debe estrañar

que imiten su ejemplo los otros. Harto tontos seríamos en comprar tegidos en Manchester, cuando los ingleses se niegan á comprar los trigos de Sevilla." Ya hemos observado que las naciones mas civilizadas de la tierra están obrando en el dia de acuerdo con esta doctrina, escopeteándose con tarifas, hostilizándose con decretos, y considerándose unas á otras como enemigas encarnizadas, como seres incompatibles entre sí, y como obligadas á fundar cada una su felicidad sobre las ruinas de todas las otras. A principios del último siglo, se proclamaron elocuentemente las opiniones contrarias. Filangieri, Saint-Pierre, Genovesi, Fourbonnais, De Foe, Hume y otros muchos pensadores generosos y sensatos, osaron levantar el grito contra el sistema esclusivo, de que estaban animados los gobiernos de su tiempo, y sostuvieron vigorosamente la comunidad de intereses entre todas las naciones del globo; el estrecho enlace que encadena sus vicisitudes y sus prosperidades; la imposibilidad de que una adelante ó atrase sin que adelanten ó atrasen las otras; demostraron por fin que cuando una nacion se empeña en perjudicar á otra, el perjuicio recae en ella misma, no solo si ejecuta este designio con la fuerza de las armas, sino cuando emplea en ello tratados, decretos, privilegios ó coartaciones.

Nos apartaríamos sobradamente de nuestro designio, si nos entremetiésemos en el ecsámen de las causas que se han opuesto ó la propagacion de estas santas verdades. Bástenos confesar el predominio del error contrario, error que ha producido ese estado violento y penoso, en que se hallan en el dia colocadas entre sí las mas ilustres naciones de la tierra; los Estados-Unidos con Inglaterra y Francia; Francia con Bélgica; Bélgica con Holanda y Prusia; Austria con la Union Alemana; la Union Alema-

na con toda la Europa, y la Europa entera amenazada de un espantoso cataclismo, de resultas del conflicto de pretensiones, de los celos implacables, de las desconfianzas crecientes que dividen entre sí á los dos grandes colosos que se han colocado al frente de la civilizacion. Resta saber si ofrecen tantos alhagos estos ejemplos, que no puedan resistir su influjo los pueblos que por su posicion geográfica, y por otras circunstancias peculiares, se hallen colocados fuera del remolino en que se dejan arrastrar los otros.

Nosotros vemos al contrario, en esos mismos ejemplos, y en los frutos que ya producen, motivos suficientes para abrazar un camino diametralmente opuesto. Conocido el principio de un mal, lo natural es inferir que el principio contrario producirá un bien. La banca rota de los Estados-Unidos, el *pauperismo*, las coaliciones de operarios, los motines de Lancashire; el abarrotamiento de géneros manufacturados en Bélgica; el grito hostil que por todas partes se alza contra el Zollverein; la guerra intestina que se están haciendo en Francia el azúcar, los linos, los hierros y tantos otros intereses mercantiles e industriales, ¿no son advertencias sobrado elocuentes de lo que nos aguarda, si cometemos la imprudencia de trasplantar á nuestro suelo la malèfica semilla que tan amargos frutos ha dado en otros? Por desgracia de aquellos pueblos, ninguno de ellos puede retroceder de pronto del sendero en que se han comprometido. Tantos y tan complicados son los intereses creados entre ellos por la errada legislacion que con tanta obstinacion han adoptado y estendido, que su abolicion repentina ocasionaria trastornos formidables, crisis violentas y sangrientos conflictos. Nosotros afortunadamente no hemos tenido tiempo de consolidar tan dañoso sistema. Todo empieza en

España; todo se halla entre nosotros en estado de tentativa y de ensayo. Fácil nos es deshacer un error que aún no ha podido echar raíces profundas, y corregir nuestro rumbo, al percibir el rumbo errado de los que nos preceden.

Se alega la conveniencia de la reciprocidad, y al ver que los productos de nuestro suelo se rechazan de los pueblos extraños, nos creemos autorizados á rechazar de los nuestros los productos ajenos. Mas no echamos de ver, que al poner en práctica esta decantada reciprocidad, no hacemos mas que ensachar la esfera de nuestras pérdidas y castigar en nosotros mismos las faltas que otros cometen; secar una fuente de producción con nuestras propias manos, solo porque otras fuentes de producción han sido secadas por manos ajenas; privarnos de las ganancias de la importación para equilibrar esta pérdida con la que ocasiona el vacío de la exportación que se nos rehusa, y finalmente hacer nosotros mismos á nuestros consumidores el perjuicio que nuestros productores reciben de otras naciones. La imposibilidad de enviar nuestros frutos á los puertos que antes los recibían, deja un vacío considerable en la riqueza nacional. ¿Qué extraño modo de llenar este vacío es crear otro con las barreras que oponemos á los frutos extraños? La célebre Miss Martineau compara esta locura á la de un hombre que se corta la mano izquierda, por la única razón de haber perdido accidentalmente la derecha. ¿Nos alucina la idea de pagar en la misma moneda al que nos maltrata, y de vengarnos del daño que se nos irroga? Prescindiendo de que este sentimiento pueril es indigno de una nación cristiana y de un gobierno ilustrado; prescindiendo de que, admitido una vez este sistema de venganza y recriminación, se transformaría la política internacional, en

quimeras de muchachos de escuela, y de que llevado al extremo, como necesariamente ha de llevarse, si á cada medida hostil se responde con otra, cada nación civilizada dejaría muy pronto de serlo, y se colocaría en el aislamiento en que se gozan los chinos, el interés propio, la conveniencia doméstica, bastarían para proscribirlo; el interés y la conveniencia de las mayorías, sobre las cuales recae infaliblemente la carestía, consecuencia inseparable de las restricciones. Los Estados-Unidos, por vengarse de la Gran Bretaña, que no quiere admitir sus harinas, acaban de imponer altos derechos á las manufacturas inglesas. ¿Cuál será el resultado de este uso de la decantada reciprocidad? Que habrá dos fuentes de producción agraviadas, en lugar de una sola. Antes se quejaban los que vendían harina: ahora se quejarán los que venden algodón, porque los ingleses, manufacturando menos tejidos, necesitarán menos materia primera. Y en verdad, las quejas de unos y otros productores importarían poco, si el consumo no padeciese; si la subida de precio de los géneros necesarios no disminuyese los gozos, no ecsasperase los ánimos, no aumentase la penuria de toda la masa social entera. Lo que es cierto en la América del Norte, no es ménos cierto en España, y si alguna diferencia hay entre los dos casos, las ventajas no están de nuestra parte, ya que los americanos, con una marina mercante numerosa, con un principio de industria fabril que, á lo ménos, cuenta con el favor de la abundancia y cercanía de la materia primera, con una inmigración constante y abundantísima, que les facilita un aumento progresivo é incesante de labor y de capitales, poseen, para reparar sus pérdidas, recursos que hasta ahora no están, y que no estarán durante muchos años, á nuestros alcances.

Y en verdad, si algo pudiera suplir esta falta, y ponernos en actitud de ganar por un lado lo que por otro perdemos, seria precisamente el camino opuesto al que las otras naciones siguen. Si mientras todas ellas se concentran en sí mismas, abdican el influjo que en las otras podrian ejercer, cercenan cada dia mas los productos del comercio estrangero, y disminuyen los suyos propios, por falta del estímulo de la esportacion, nosotros; escarmentando en cabeza ajena, abrièsemos nuestros puertos á la universalidad de las naciones, las convidásemos con un sistema de aduanas franco, liberal y generoso, y les creásemos un mercado, que tantos medios tiene de saldar sus cuentas y de pagar todo lo que en sus términos se introduzca, el comercio del mundo, como un torrente comprimido que sale impetuoso por la primera abertura que se le presenta, se agolparia ansioso á nuestras fronteras, repulsado por los obtáculos que en las otras encontraria, y derramaria en nuestro suelo los tesoros de una produccion superabundante y pletórica. Las dos inmediatas consecuencias de esta revolucion, consecuencias infalibles, y que siempre, y sin una sola escepcion, han emanado de las mismas causas, serian: 1.º La baratura de los precios de las cosas importadas, forzoso resultado de la abundancia y de la concurrencia. 2.º La venta, la salida, y por consiguiente, el aumento de nuestra produccion: porque no hay remedio, el que vende, compra; el que importa, cambia; el que introduce, estraee. Los importadores no se volverian á sus casas con las manos vacías; algo habian de llevarse en trueque de lo que dejan, y este algo es nuestro; es fruto de nuestro suelo ó de nuestra labor; es lo superfluo de nuestro haber, y su salida es una ganancia para el que lo produjo, y le deja un valor superior al valor de que se enagena.

Si despues de esta grande y elocuente esperiencia, las naciones estrangeras se aferrasen obstinadamente en sus códigos restrictivos, poco ó nada deberia interesarnos esta tenacidad: mas por fortuna, y con respecto á lo que mas inmediatamente nos toca, no puede ser así, y lo que está pasando en Inglaterra, nos vaticina la cercanía de una transicion venturosa á ideas mas conciliadoras y benéficas. Ni el ministerio ni el parlamento podrian negarse á una baja de derechos en la importacion de nuestros vinos, si la modificacion de los aranceles, y no un tratado de comercio, que en manera alguna nos conviene, les abriese, con derechos moderados, la importacion de los tegidos de algodón en la península. Ya el año pasado se permitiò la introduccion de carnes y ganados; y Galicia se está aprovechando de esta franquicia, de que probablemente no tardará en aprovecharse la fértil Andalucía. En cuanto al trigo, tambien se dieron el año pasado los primeros pasos en el camino de las mejoras. Es cierto que aún subsiste la escala graduada de derechos, [*sliding scale*] pero los derechos han bajado, y la escala misma desaparecerá muy en breve ante el universal clamoreo de la nacion, y cederá á los gigantescos embates de la Liga de Manchester (1). Tan violento es el estado en

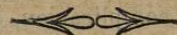
(1) La asociacion formada hace pocos años en Inglaterra con el título de *Anti-Corn-Law League*, cuyo objeto, como este título denota, es la abolicion total de las restricciones impuestas por la legislacion inglesa á la importacion de granos estrangeros, y que cuenta en sus filas centenares de millares de individuos; de todas las clases de la sociedad, ha adoptado un sistema de operaciones, que puesto en práctica con la pertinacia propia del carácter inglés, y sostenido por vastos fondos, con los ausilios de mucho saber y de mucha elocuencia, no puede ménos de obtener en pocos años los nobles fines que se propone. Los medios que para ello emplea la asociacion, son la celebracion frecuente de sesiones públicas, en que se ventilan sus doctrinas favoritas: cursos públicos sobre libertad de comercio, abier-

que se hallan todos los intereses, tan propagadas y arraigadas en la opinion están las ideas favorables al tráfico libre, tan ansiosos están todos los pueblos del mundo por romper las fajas que comprimen sus facultades productivas; que la primera nacion que ponga el pié en el camino de tan deseadas mejoras, no solo recogerá los frutos de su magnanimidad en el aumento de su propia ventura, sino que encabezará el movimiento de todos los pueblos cultos hâcia una revolucion bienhechora, que señalará en la historia la época mas honorífica á la especie humana.

Que esta nacion sea la que cubre el suelo en que hemos recibido la ecsistencia, es el mas ardiente y el mas sincero de nuestros votos.

tos en casi todos los Condados, por hombres distinguidos que la sociedad comisiona y paga; distribucion gratuita de millones de ejemplares de catecismos y otros folletos, en que se explican luminosamente aquellas doctrinas, y se ponen al alcance de todo el mundo: peticiones al parlamento y al gobierno, cuyas firmas se cuentan tambien por millones; finalmente, influjo en las elecciones de miembros de parlamento, con el objeto de elegir candidatos opuestos á la legislacion vigente sobre importacion de granos. En una de sus sesiones del mes de Noviembre de 1842, la asociacion abrió una suscripcion de 50.000 libras esterlinas, y pocos dias después se anunció que no tardaria muchas semanas en llenarse.

CONCLUSION.



Hemos reunido en las páginas que preceden, los mas señalados argumentos que militan en favor de la libertad del comercio, y respondido á las mas fuertes y populares objeciones que le oponen sus contrarios; mas cuando hemos concentrado nuestras doctrinas y nuestra polémica en la cuestion de las prohibiciones y de moderacion de derechos de importacion, no por eso creemos que el comercio verdaderamente libre, y tal como creemos que sea necesario organizarlo en España, deba satisfacerse con la promulgacion de aranceles fundados en los principios que hemos discutido y comentado. No basta que el poder público ecsija del importador una contribucion suave, únicamente destinada á la hacienda nacional, con exclusion de toda consideracion de estímulo y privilegio en favor de la industria manufacturera. Otras muchas y muy importantes reformas ecsije nuestro sistema fiscal, para que el comercio ocupe en la sociedad la posicion que le corresponde, y produzca todos los bienes que de su ensanche y consolidacion deben aguardarse.

La ereccion de puertos francos y de depósito, la abolicion completa de esa bárbara institucion de aduanas in-

teriores, que por sí sola bastaría á encadenar la facultad locomotiva de los españoles; la no ménos importante de los estancos, tan opuestos á los mas simples rudimentos de la economía política; la simplificación de las diligencias que se requieren para el despacho de los géneros en las aduanas, diligencias que, segun hemos visto últimamente en un periódico, pasan de cincuenta, cuando apenas podemos concebir cómo deban necesitarse mas de cinco; y por último, la organizacion de las aduanas mismas, sobre un plan que no esté impregnado, como el que ahora rige de la gótica complicacion, propia de los tiempos del absolutismo; éstas, en nuestro sentir, son reformas urgentísimas, reclamadas, no solo por las necesidades del fisco y del comercio, sino por el espíritu de las intuiciones que hemos adoptado, y por la civilizacion que tan rápidamente progresa entre nosotros. De todas ellas nos habíamos propuesto hablar en esta obra, á fin de que se comprendiesen en sus páginas todos los asuntos ligados con la libertad de comercio. Pero habiéndonos estendido en el principal mas de lo que habíamos calculado, ahora vemos que no podríamos insistir en nuestro propósito, sin traspasar los límites que debe tener una obra de esta clase, para que no repela su volúmen á un gran número de electores.

Ademas, el tiempo urge; muy en breve resonarán en la arena parlamentaria los gritos del combate, y los intereses que están en conflicto, reclaman con premura defensores. Hemos sido impulsados á tomar parte en la lucha, por un convencimiento profundo, madurado en muchos años de estudio y esperiencia, y fortificado por trabajos personales, que ha coronado un resultado feliz y que habríamos alegado en defensa de nuestras opiniones, á no haberlo impedido el temor de ofrecer nuestra oscura individualidad á las miradas del público. Bástenos haber puesto en

contraste los dos principios que se disputan hoy la suerte de las naciones y la paz del mundo. El uno, limitado en sus miras, mezquino en sus aspiraciones, prefiere lo estrecho á lo grandioso, lo ilusorio á lo positivo, lo brillante á lo sólido, lo pasajero á lo durable, lo dudoso á lo cierto; parcial en sus máximas, ecsalta la ventura de una clase de la sociedad, y le sacrifica el bienestar de todas; y destruye la igualdad y la justicia, de que nacen la prosperidad de los individuos y la de la nacion que de ellos se compone; frívolo en sus recursos, se pierde y extravía en el laberinto de sus ordenamientos y precauciones, en el caos de sus registros, fórmulas y desconfianzas. El sistema rival, acorde con los oráculos de la religion y con las propensiones de la filantropía, convida á todos los hombres á la participacion recíproca de los dones de la Providencia; hijo de la civilizacion, favorece y estimula la propagacion de sus beneficios y de sus goces; identificado con la perfectibilidad política, enlaza los intereses y las necesidades de todas las familias humanas, amalgama en un centro comun sus esperanzas y sus temores, y alejando cada vez mas de sus territorios la enemistad y la discordia, echa los cimientos en que ha de apoyarse la paz perpétua, que ya ha dejado de ser un sueño de la filosofía, y parece destinada á coronar los esfuerzos intelectuales del siglo en que vivimos.